

# El imperialismo como categoría analítica para entender el presente

MARGA FERRÉ

Copresidenta de transform! europe

RESUMEN: La ofensiva de la administración Trump contra Venezuela y Cuba no es un episodio aislado, sino la punta de lanza de una reconfiguración imperial que busca recolonizar América Latina, disciplinar a Europa y contener el ascenso del Sur Global en general, y de China en particular. Para poder comprenderlo y, por lo tanto, combatirlo, necesitamos recuperar categorías analíticas más allá de la indignación moral.

El presente artículo propone un análisis del momento geopolítico desde las coordenadas de la teoría crítica afirmativa. Frente a la fragmentación del pensamiento y el secuestro del lenguaje, planteo la necesidad de reconstruir categorías analíticas —imperialismo, neofascismo, monopolio— para poder nombrar con precisión las transformaciones de nuestro tiempo, que ya se están produciendo. Hacerlo, además, desde la defensa de Venezuela y Cuba no solo como gesto solidario, sino como exigencia estratégica.

## Una lluvia de deslegitimación preventiva

En España y en Europa llevamos casi dos décadas —desde que Hugo Chávez ganara por primera vez unas elecciones y desde que Fidel mandara parar— siendo empapados por una lluvia permanente de narrativa antivenezolana y anticubana. Una lluvia calculada, constante, una **deslegitimación preventiva** que ha allanado el camino del silencio ante la agresión. Porque si Chávez y Maduro son presentados como encarnaciones del mal, y si María Corina Machado



tiene el Premio Nobel de la Paz, entonces quizá —piensa el sentido común intoxicado— no esté tan mal que los invadan. Llevan años preparando el terreno simbólico para convertir el expolio en legítimo.

Por ello me parece importante declarar nuestra absoluta solidaridad con el pueblo venezolano y cubano en defensa de su soberanía, y no hacerlo solo desde la solidaridad ni la empatía, sino porque no elevar la voz contra las narrativas y violaciones de la extrema derecha norteamericana, nos pasarán factura también a Europa y al resto del mundo. Esta convicción constituye el núcleo de lo que pretendo argumentar.

## Palabras llenas de contenido

La primera tarea política es, paradójicamente, lingüística. **No se puede combatir aquello que no se nombra con precisión.** Frente a la fragmentación del pensamiento, necesitamos romper las barreras disciplinarias y, sobre todo, huir de la posición moral como categoría de análisis. **La indignación ética, por legítima que sea, no basta:** debe ir acompañada de conceptos capaces de desentrañar la lógica profunda de los procesos históricos y de la forma de hacer del capitalismo.

Debemos, por tanto, unir la línea de puntos que va desde la política del rearme europeo hasta la necesidad de más petróleo para alimentar una industria de guerra que se revela como asesina climática. Debemos trazar el arco que conecta la nueva doctrina de seguridad con el análisis de cómo Europa ha transitado de ser un protectorado privilegiado a convertirse en una colonia —esta vez sin eufemismos— de un imperio en reconversión agresiva.

Los marcos de pensamiento en Occidente están severamente restringidos por un imaginario propio del siglo xx, e incluso de la tesis imaginaria del «fin de la historia» de Fukuyama. Es algo que aprendí en China: el mundo es más grande de lo que nuestros narcisistas ojos occidentales quieren ver. Ampliar la mirada y cambiar las palabras son, a mi juicio, acciones inseparables y necesarias.

## Neofascismo e imperialismo: restaurar las categorías

Tras el ataque a Venezuela y su justificación brutal y delirante por parte de la Casa Blanca, debemos ajustar el vocabulario. El profesor Matías Saidel lo ha formulado con precisión: con lo que tenemos enfrente, «no alcanza con hablar de un populismo de derecha. En ese marco, no hablar de *neofascismo* sería una especie de eufemismo que impide la movilización política». Y yo no puedo estar más de acuerdo.

Otra categoría, largamente manida, debe recuperar su lugar en el análisis, por pura necesidad histórica. **Me refiero al término *imperialismo*, no como**



concepto moral ni como consigna ritual, sino como la forma concreta que asume el capitalismo en una determinada fase de acumulación. Hablar de *imperialismo* puede sonar anacrónico o excesivamente «de izquierdas», pero quienes ejercen el poder lo nombran constantemente. Iván Krastev se lamentaba en el muy liberal *The Atlantic*: «Estados Unidos seguirá siendo una especie de imperio, pero no será un imperio liberal». Walden Bello, por su parte, nos desvela que el proyecto MAGA tiene como misión «reconstruir lo que Trump y sus seguidores consideran el núcleo dañado del imperio».

Citan el imperio, pero no lo entienden. Para la socialdemocracia y la izquierda liberal, hablar de imperialismo resulta incómodo y lo comprendo: desvela los límites de quien no tiene horizontes. Cualquier análisis serio —el que se pregunta el porqué de las cosas— demuestra la relación estructural entre imperialismo y concentración de capital. El capital se concentra en empresas tan gigantescas que, *de facto*, actúan como monopolios. Estas, y su articulación con el capital financiero, son las que dan forma al imperialismo y a su insaciable necesidad de colonias.

Este no es un diagnóstico de la izquierda radical: es cómo opera el capitalismo realmente existente. Antón Costas, presidente del Consejo Económico y Social y catedrático de la Universidad de Barcelona, lo constata con claridad: «Un siglo más tarde, el capitalismo ha vuelto a adquirir uno de los rasgos que le caracterizaron a finales del siglo XIX y principio del XX: una elevada concentración empresarial en la mayoría de los sectores tradicionales de la vieja economía, así como la creación de monopolios en actividades de la nueva economía relacionadas con las tecnologías de internet».

Los monopolios tecnológicos —GAFAM, Elon Musk y sus ataques al Gobierno de España— son el sello distintivo del imperialismo en la era Trump. Y esto no es una metáfora. Proteger sus monopolios: eso es lo que hay detrás de frases como «Europa tiene que comprar nuestros productos», «En Europa ni soñéis con tener vuestra propia inteligencia artificial» o «España tiene que comprarnos armas». Todas ellas pronunciadas por Trump o J. D. Vance.

### América Latina: This is our hemisphere

La doctrina Monroe retorna con renovada virulencia. Su contenido actual es perfectamente identificable: asegurar salidas monopólicas para los productos estadounidenses, garantizar el acceso a trabajo barato y facilitar el expolio de recursos naturales. ¿Por qué esta ofensiva precisamente ahora? La respuesta exige un análisis más global.

La razón fundamental, o al menos uno de sus vectores centrales, es que **las empresas estadounidenses ya no extraen plusvalor de forma ni tan fácil ni tan lucrativa en el Sudeste Asiático**. Según una encuesta de la Cámara de Comercio



Americana en Shanghái, el 47% de las empresas estadounidenses han redirigido sus inversiones planificadas fuera de China, la cifra más alta jamás registrada. Solo el 28% de las firmas estadounidenses reportan márgenes más altos en China en comparación con sus operaciones globales, mientras que un 33% reporta un desempeño peor. Incluso fuera de China, la competencia es feroz.

El modelo de «operar en Asia con altos márgenes» se ha debilitado estructuralmente. La respuesta de la administración Trump ha sido una estrategia dual en la región americana: «This is our hemisphere», es decir, declarar el continente como su espacio vital, como el *Lebensraum* nazi, para el que ejercen una estrategia dual: una especie de presión en algunos frentes y zanahorias en otros. La agresividad hacia México —aranceles del 25% a productos que no cumplen con el T-MEC, exigencias de aumentar el contenido regional al 65-75% para evitar la triangulación china— coexiste con acuerdos históricos anunciados en noviembre de 2025 con Argentina, Guatemala, Ecuador y El Salvador. **La agresividad no es un fin, sino un medio:** se trata de forzar a México a eliminar la triangulación china mientras se premia a aliados estratégicos como Milei en Argentina o Bukele en El Salvador.

**El objetivo último no es castigar a América Latina, sino reconfigurar la cadena de suministro global a favor de EE. UU.,** utilizando la región como su nueva plataforma de manufactura. Como Frantz Fanon nos enseñó, la colaboración con las burguesías locales resulta esencial en este proceso, y ahí entran los proyectos de extrema derecha que asolan el continente. Una América Latina que ya no quieren como «patio trasero» —expresión paternalista de otra época— sino como **colonia** en el sentido más clásico del término: mercado cautivo para sus productos, mano de obra barata y expolio de recursos; para asegurar estos tres elementos, necesitan reducir la soberanía a su mínima expresión.

## El oso herido

Esta ofensiva es, fundamentalmente, una reacción. **Reacción de un poder que intuye que el mundo sobre el que edificó su hegemonía se desvanece.** Los datos son tozudos: el PIB conjunto de los Brics ha superado ya al del G7. Los países Brics crecen hasta tres veces más rápido que las viejas potencias industriales, desplazando el eje de la economía mundial hacia el Sur Global.

Esta brecha, *in crescendo*, destapa lo oculto y es que la llamada *guerra de Occidente contra China* no es, en su núcleo profundo, una confrontación civilizatoria. Es una guerra de las multinacionales tecnológicas estadounidenses para quedarse con la totalidad del mercado. Es, en otras palabras, la continuación del imperialismo por otros medios. Como no quieren ni pueden competir para mantener la tasa de ganancia, fuerzan la forma colonial: imponiendo monopolios, organizando el expolio y explotando el trabajo barato.



## Europa y la servidumbre voluntaria

La política exterior europea sigue siendo, en buena medida, un subproducto de las estrategias de la OTAN y de la Casa Blanca. La idea de rearmar Europa para «hacer frente a los objetivos de Trump» resulta tan sensata como producir más vino y cerveza para reducir el alcoholismo. Es, sencillamente, irracional. Padecemos una suerte de síndrome de Estocolmo colectivo: nos aliamos con quienes nos subordinan.

Los datos son elocuentes: 17 de los 22 países de la Unión no cumplen los criterios de Maastricht, y da igual. El rearme avanza, y el 90 % del gasto en defensa acaba en empresas de Estados Unidos. Dinero público europeo para comprar armas estadounidenses, mientras las empresas de armamento europeas ganan fortunas exportando armas a otros conflictos. **En Europa, la estupidez no es solo moral; es también económica.**

El paso significativo es que ya no se escudan en un argumento moral: ¿alguien cree sinceramente que Trump bombardeó Caracas y secuestró al presidente de Venezuela por la democracia o la paz? Por supuesto que no: nadie lo cree. Y eso es lo que hace la situación aún más terrible: la aceptación del curso de Trump no se debe al engaño, sino que es voluntaria. Servidumbre voluntaria, que escribiera Étienne de La Boétie. En el colmo de la servidumbre, Trump acaba de reiterar su deseo de anexionar Groenlandia, y las protestas europeas son tan tímidas que no pasan de ser meros susurros.



## La teoría crítica afirmativa como método

Frente a este panorama, recupero la tradición de la teoría crítica afirmativa, aquella forma de crítica que, en lugar de limitarse a denunciar o destruir lo existente, busca intensificar las fuerzas o virtualidades que ya están «en camino». Se trata de una crítica productiva, que afirma potencialidades, más que se limitarse a rechazar lo dado.

Tiene que ver con la defensa de la razón, entendida como nuestra capacidad de ir más allá de decir «no» al *statu quo*, de imaginar un orden diferente al existente. Como escribió Horkheimer: «La razón lleva en sí la idea de una forma de vida en la que nadie es cosa de otro». Tiene que ver con no aceptar la tiranía en lo interno ni el imperialismo como forma de garantizar la acumulación de unas pocas corporaciones. Tiene que ver con desmontar el «modo de vida imperial», que Ulrich Brand ha analizado con tanta lucidez. Tiene que ver con ser rebeldes.

La teoría crítica afirmativa nos permite ver que el cambio ya ha comenzado. Fuera de la Europa Fortaleza —y también, a veces, en sus márgenes— emerge un mundo que desafía la unipolaridad. Una Asia que deconstruye los

presupuestos epistémicos de Occidente. Millones de personas que comienzan a imaginar, como realidad factible, un orden mundial multipolar, cooperativo y pacífico. Incluso dentro de los propios Estados Unidos, donde cada día se fortalecen las resistencias.

Claudia Sheinbaum en México, los movimientos en Brasil, las luchas populares en todos los continentes, la mera existencia de China y los debates esperanzadores a los que nos desafía, forman parte de esa constelación emergente. También en Europa. El grito de los groenlandeses «Make America Go Away», en perfecta chufra del movimiento MAGA, apunta en una dirección cada vez más obvia: es momento de articular una política europea que rompa con la subordinación atlántica.

A mis ojos, el cambio ya ha empezado. Lo percibo en que, fuera de la Europa Fortaleza, hay un mundo que desafía el orden unipolar. Una Asia que deconstruye los relatos occidentales. Millones de personas que empiezan a plantear, como realidad factible, que el mundo puede —y debe— ser multipolar, cooperativo y pacífico. Incluso dentro de Europa e incluso dentro de Estados Unidos, pero sobre todo fuera de ellos, emerge la capacidad de imaginar un mundo sin imperios.



72

### Epílogo: Cuba y la esperanza

El problema que tenemos, y esta es mi alerta final, es que, aunque esa reacción contra el imperio crezca —y creo sinceramente que crecerá—, Cuba no tiene tiempo. La isla resiste con dignidad inaudita a una asfixia que dura décadas. No podemos permitir que la urgencia de Cuba quede sepultada bajo el peso de los análisis geopolíticos a largo plazo. Cuba necesita que activemos la solidaridad ya.

Por eso sirvan estas palabras para alertar, para llamar a redoblar esfuerzos de solidaridad y ayuda a Cuba y para que el Gobierno de España no mire para otro lado ante la amenaza de un cerco que pretende crear una crisis humanitaria en la isla.

Lo que se juega en Cuba no es solo la soberanía cubana; lo que se juega —y por eso lo hacen— es la esperanza que Cuba abrió: un mundo donde las personas y los pueblos no se dejen dominar por el imperio. ★

## Referencias

- AMIN, S. (2019). *The long revolution of the global south: Toward a new anti-imperialist international*. Monthly Review Press.
- AMIN, S. (2005). «O imperialismo, passado e presente». *Tempo*.
- BELLO, W. (2025). *The damaged empire: Trump and the reconstruction of American hegemony*. FUHEM.
- BRAND, U., & WISSEN, M. (2021). *Modo de vida imperial: Sobre la explotación de seres humanos y naturaleza en el capitalismo global*. Tinta Limón.
- Costas, A. (2025). «La nueva concentración empresarial». *ECOS Frontera*, Dossier 50.
- FANON, F. (1961). *Los condenados de la tierra*.
- Horkheimer, M. (1967). *Crítica de la razón instrumental*.
- Krastev, I. (2025). «The liberal empire's last breath». *The Atlantic*.
- LA BOÉTIE, É. (1576). *Discurso de la servidumbre voluntaria*.
- SAIDEL, M. (2025). «Neofascismo y populismo de derecha: precisiones conceptuales». *Revista de Pensamiento Crítico*.

